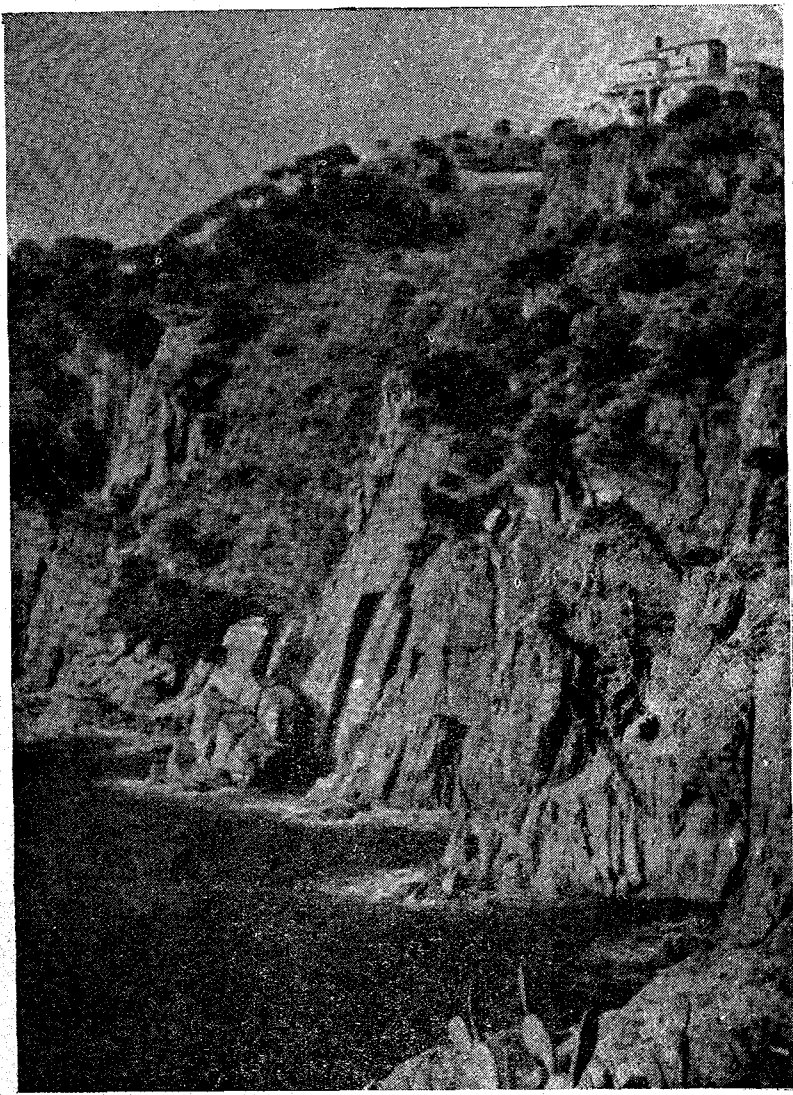


LA MONTAÑA



La urbanización de la montaña del Castellar o de San Elmo va tomando paulatinamente forma e incremento. Cuando aparecieron las primeras edificaciones en Port Salvi — y no hacemos mención del chalet existente sobre la misma Punta de Garbí, por pertenecer a una época anterior —, en el ánimo de muchos amaneció un sentimiento mezcla de congoja y protesta, ante el fruto evidente de un absurdo y peregrino concepto de la Arquitectura en función del paisaje.

Una serie de construcciones desafortunadas sobre el granito rojo, frente al mar, escapan a su misión de ser brotes de vida sobre carne y alma de un paraje solitario. Sin una armónica relación entre el estilo arquitectónico de casas y edificios y el aspecto y características del lugar donde están enclavados, se corre el triste riesgo de cometer un asesinato, y de erigir, como postre, sobre el propio cuerpo del muerto, un horrible y perenne catafalco. Todos los guixolenses tuvimos conciencia de este

riesgo, en un momento determinado. Y si un escrutinio popular hubiese puesto en claro las opiniones, más de un ochenta por ciento habrían votado, para que se dejase en paz a nuestra preciosa y arisca montaña. Bien embellecerla, pero jamás montar un carnaval de piedra sobre sus laderas y su falda.

Embellecerla fué el propósito del gran patricio Pedro Rius y Calvet, quien en 1929 sufragó los gastos de reconstrucción de la ermita, construcción de la carretera y balneario. No pudo dar cima de una manera absoluta a su anhelo, pero dejó la semilla plantada, para el mejor fruto. Y uno piensa en su nombre con veneración y amor. Nombre que, en obligada distinción, quisiéramos ver, perpetuando su recuerdo, en la más preciosa plaza o avenida que surcara su tan amada montaña.

Embellecer es un hermoso propósito y una hermosa palabra. Con tal empeño todos estamos conformes, y más que conformes, agrade-

cidos, salvo aquellos — y su opinión también es respetable —, que no saben olvidar un más apacible y primitivo pasado, y viven y mueren entre románticas nostalgias de un ayer sin retorno posible.

Embellecer la montaña del Castellar parece ser también el propósito de la actual urbanización en marcha. Los planos han sido concebidos con exigente ambición y depurado gusto. Parte de los terrenos han sido previamente parcelados y están ya dispuestos para la venta a particulares. Y aunque se conceda al comprador una justa libertad en la elección del estilo arquitectónico, según el cual edificar su casa, una cláusula le exige, en cambio, el presentar los planos, para que una comisión de control dicte la conveniencia o la no procedencia del estilo elegido. Circunstancia que es norte y garantía.

Este plan de urbanización es vastísimo, y de momento sólo se ha realizado en pequeña parte.

El primer cuidado ha sido restaurar la ermita — asimismo se procedió en la urbanización de 1929 —, como era lógico y debido que así se procediese. Ya que desde principios del siglo XV, época en la que se edificó, dentro de la torre de guardia o castillo que coronaba el monte, la primera capilla dedicada al glorioso y santo patrón de los navegantes, fué la cumbre del Castellar crisol de devoción, vigía de mar

y cielo, dilecto lugar de los pobladores de la ciudad asentada a sus pies.

Años y heridas quedaron esculpidos en las piedras del antiguo castillo, que consiguió no obstante mantenerse erguido, prestando su silueta un noble necanto a los grabados de la época. Pero en 1696, durante el curso de una incursión francesa, quedó destruído totalmente. Con él, la primitiva capilla.

En 1723 tuvo lugar la construcción de la ermita propiamente dicha. Y se entroniza en ella Nuestra Señora del Buen Viaje, que, desde entonces, junto con San Elmo, vela las tempestades del mar y conduce a los navegantes a buen puerto.

Durante largos años se convierte la ermita en meta de peregrinajes y romerías. Su silueta inconfundible, erguida sobre los peñascos, flor solitaria sobre un paisaje arisco, es el más preciado distintivo de la montaña del Castellar. Eterno emblema de refugio y de bonanza.

Su desgraciada venta a unos particulares — antes la ermita había pertenecido a la villa —, es origen de su decadencia. Pero surge en la restauración de 1929, poco después de su adquisición por la familia Rius.

En los trágicos acontecimientos de nuestra guerra civil, desaparece devorado por el fuego su precioso altar de estilo barroco. También las imágenes de las capillas adyacentes. Quedan simplemente los muros, va-